

Hay cuatro lugares, que como cuatro estaciones de un calvario, debe visitar meditativamente todo español patriota y son el castillo de la Mota de Medina la del Campo, el Real Monasterio de Santa Clara, de Tordesillas, el de Yuste y el del Escorial. En el primero murió doña Isabel I de Castilla, la reina católica; en el segundo su hija doña Juana, la loca que se casó con Felipe el Hermoso, hijo del Emperador de Austria, Maximiliano, un Habsburgo; en el tercero el hijo de esta Loca y aquel Hermoso, Carlos I y en el cuarto el hijo de éste, nieto de la Loca y del Hermoso y biznieto de los Reyes Católicos de España y del Emperador de Austria, o sea Felipe II. La hermosura, o más bien la arrogancia y la complacencia en sí mismo que ella engendra, le vendría del Hermoso austriaco, su abuelo, y la locura de la Loca castellana, su abuela. La locura ascética fué castellana, la petulancia de guapo fué austriaca.

La Loca, Castilla, se entregó al Hermoso, al Imperio austriaco, y acabó en un convento.

Aquel matrimonio de la Loca con el Hermoso fué el triunfo que coronó la política de Fernando de Aragón, pero a la vez la ruina de España dice Martín A. S. Hume, el historiador. La locura castellana fué a dar en la guapeza austriaca y allí se anegó. Poco después nació Don Quijote, otro loco, así como fué loca doña Juana, la castellana, pero un loco de triste figura y no hermoso como pudo serlo Felipe I... de España.

Y por qué cuando se habla de él se dice Felipe el Hermoso y nunca Felipe I de España? Nuestros Felipes empiezan en rigor con Felipe II, un Habsburgo castellanizado, y acaban con Felipe V, un Borbón. No tenemos un primer Felipe nuestro, ya que el Hermoso no fué sino un rey consorte. Y rey consorte es el papel más lamentable que cabe hacer en la historia.

De la locura de amor de la pobre doña Juana, la última castellana de España, nació la locura de heroísmo y de desesperación de Don Quijote. No acaso en la batalla de Lepanto sino en la de Rocroy fué engendrado éste, supiéralo o no Cervantes. De la rendición amorosa de Castilla la Loca al Hermoso Imperio Austriaco nació nuestro Loco, el que soñó la vida de la gloria y se despertó en la pobreza de la humilde cama mortuoria de su estrecho hogar en el lugarejo

de la Mancha. La pobre Loca de Castilla se fué a casar con un extranjero—y tan extranjero!—y de aquí todas sus desdichas consiguientes. La engañosa grandeza de la España de Austrias vino de aquí.

En sus "Estudios del reinado de Felipe IV" ("Textos y reflexiones acerca de la separación de Portugal" V) escribía don Antonio Cánovas del Castillo así: "Según tiene dicho efectivamente y repetido el autor del presente estudio, con un poco de serena atención basta y sobra para comprender que nunca fué más que artificial, aparente, producto de singulares hazañas aisladas y de ricas herencias, nuestra grandeza, no del propio y colectivo desarrollo nacional, ni de permanentes y naturales condiciones de ser."

Dos hechos dan todo su valor histórico al reinado de los Reyes Católicos, el uno casi fortuito o si se quiere providencial y el otro, que resultó funesto, políticamente calculado. El hecho fortuito y que pudo parecer una locura fué el descubrimiento de América por un navegante italiano, Cristóbal Colón, al servicio de Castilla, y el hecho político, que resultó una verdadero locura, fué el que el sagaz Fernando de Aragón—¡oh la sagacidad de los reyes políticos!—casase a su hija, la Loca, con el Hermoso de Austria. Y estos dos hechos, en verdadera contradicción íntima, son los dos polos de la aparente grandeza y efectiva decadencia de España.

Si la Loca de Castilla no hubiera sido lanzada por la política del Aragónés a los brazos del Hermoso de Austria, España habría podido dedicarse toda ella y por entero a la colonización de América. Hay que observar todo lo que el haber tenido que dedicarse España a ser la porta-estandarte de la Contra-Reforma, le impidió cumplir su verdadero destino en América. Fué acaso la guerra de los treinta años lo que le hizo perder a España de la manera que lo perdió su imperio colonial ultra-

oceánico. Habría perdido de todos modos, pero muy de otra manera. Y el desastre mismo de 1898 tiene su origen remoto en aquel matrimonio de la Loca con el Hermoso.

Y hoy hay locos, y lo que es peor que locos, lontos, que, enamorados de la hermosura aparente y aparatosa del Imperio germánico, quieren que se renueve la política del Aragónés, a quien dicen que admiraba Maquiavelo. Quieren lanzar a España, como a otra Loca, a que se ponga bajo la protección del Hermoso, más bien del Guapo, es decir, del Imperio. Del Imperio por autonomasia, se comprende. Y luego vendrán las sucesivas muertes en sucesivos monasterios. Morirá la patria en un convento de Santa Clara, mirándose en las aguas de un río como el padre Duero, que más cerca de su fuente vió pasar al Cid camino del destierro y de la gloria, y morirán los engendros de la locura de la patria en cualquier agreste repliegue de sierra como aquel escondrijo de al pie de Gredos, espinazo de España, o aquel otro de al pie del Guadarrama.

Yuste es de las cuatro estaciones su-somentadas la más melancólica y la más solitaria. Al fin al Castillo de la Mota de Medina la del Campo y al Escorial las sacude hoy de su pesadilla histórica el estridente pitido de los trenes de ferrocarril y el Real Monasterio de Santa Clara, de Tordesillas, ve correr hacia el mar, hacia el mar portugués, las aguas del padre Duero. Yuste no ve ni oye nada; de Yuste no se ve, sino por una escoladura entre las riscosas montañas que le ciñen, la llanada de Extremadura, de donde partieron, "como un vuelo de jerifaltes fuera de su carnero natal", que dijo el poeta en francés José María de Heredia, los "conquistadores" de América. Y la tierra de que partieron esos jerifaltes quedó más carnero, es decir, más osario que antes. La tierra quedó esario, depósito de huesos, y el Escorial fué luego escorial, esto es: depósito de escorias. Que no otra cosa es hoy la fundación del nieto de la Loca y del Hermoso.

MIGUEL DE UNAMUNO.

